

Modalidad: dilema moral

¿Un mundo feliz?

Por John el Salvaje

Planteamiento del dilema:

¿Es una organización social perfecta, una utopía, deseable? ¿Existe alguna forma de gobierno que garantice el bienestar absoluto de las personas bajo él?

Argumentos por el sí:

- La felicidad es el fin último de todas nuestras acciones, por lo que si son orientadas correctamente surgirá una sociedad feliz.
- La política surge para organizar la sociedad de una manera más racional. Todos buscan su propia idea de organización perfecta, aunque no lo llamen utopía.

Argumentos por el no:

- La democracia defiende el derecho de todo el mundo a opinar. Como es de todo el mundo, no compete a los expertos como sí lo hace en las ciencias; por ello una organización perfecta o técnica de la sociedad no es posible (o no es deseable).
- En una utopía la disidencia sería inútil, pues el Estado sería supuestamente perfecto. ¿Hasta qué punto esto supondría una pérdida de libertad o de la capacidad de razonar para sus ciudadanos? ¿Se convertiría la sociedad en meramente una máquina? En ese momento, toda disidencia conllevaría infelicidad y el fin de la perfección.

Análisis del dilema:

La posibilidad de una utopía ha sido siempre uno de los temas centrales de la política, y su discusión presenta ineludiblemente siempre el mismo problema: en una sociedad tan diversa como la nuestra, ¿existe una visión del mundo objetivamente correcta, que sea más perfecta y deseable que las demás?

Mi opinión es que no hay una respuesta definitiva a este dilema. Es cierto que, para una persona informada y razonable, sí que puede haber cierta objetividad a la hora de comparar soluciones al problema de la organización social: una sociedad tolerante es mejor que una sociedad racista, una sociedad igualitaria es mejor que una con mucha desigualdad, etc.; porque algunas de entre ellas consiguen mayor bien para el mayor número de individuos que otras. Así pues, se puede estar en posesión de *parte* de la verdad. El razonamiento lógico que viene de esto es: como la verdad absoluta debe ser una sola, si se juntan las partes que hemos ido descubriendo construiremos la verdad absoluta, es decir, una sociedad justa, perfecta.

No obstante, todo intento de construir un sistema político de forma perfecta desde cero ha desembocado en fracaso. Por ejemplo, la Unión Soviética, que pretendía ser una utopía, acabó convirtiéndose en un Estado de terror como los que aparecen en varias novelas distópicas de la época. Todo el aparato político gravitaba en torno a la preservación de la utopía, como si fuese ya una realidad, y no un fin hacia el que trabajar.

El objetivo último de toda utopía, incluida la soviética, es la felicidad. Los seres humanos buscan también con todas sus acciones ser felices; el problema es el conflicto de intereses que surge entre ellos. La utopía busca organizar todos los proyectos personales de cada individuo de forma que no choquen con los de los demás, y que no haga falta que el bienestar de unos sea la infelicidad de otros.

De todas formas, ¿es la felicidad todo lo que importa? En *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, una utopía capitalista, el mecanismo social es perfecto: se ha dividido a las personas en cinco clases sociales desde su misma gestación, sin que tengan libertad para escoger su futuro: ordenadas según su inteligencia, unas están predestinadas a trabajos productivos, mientras que otras controlan el buen funcionamiento del sistema y crían a los nuevos niños. Cada miembro de cada clase es “condicionado” de manera que crea que es feliz tal y como es; efectivamente, todo el mundo cree ser feliz. Sin embargo, cuando entra en escena el personaje de John el Salvaje, éste, como observador racional e imparcial, no condicionado, se da cuenta de que nadie es libre, de que los ciudadanos de ese Estado Mundial no son capaces de comparar su situación con otra, de que no pueden decidir su propio destino. Decide que vivir así no merece la pena y se va a vivir solo al campo; pero entonces es descubierto, y se convierte en una atracción turística para los ciudadanos, que lo ven como una curiosidad; la imposibilidad de llevar la vida que quiere le lleva al suicidio. Es aquí donde quizá se ve más claro que una sociedad así no merece la pena, pues no existe la libertad de opinión y de elección, y no existe la igualdad, aunque resulte inconcebible para los ciudadanos condicionados.

Poniendo otro ejemplo sacado de la literatura, en la novela de Arthur C. Clarke *La ciudad y las estrellas* el protagonista, Alvin, vive en una ciudad cerrada a cal y canto en una Tierra postapocalíptica en la que todos son verdaderamente felices; una auténtica utopía. Durante un millón de años, los humanos, que han dominado la galaxia y desarrollado una tecnología tremendamente avanzada, permanecen confinados en ella supuestamente amenazados por unos terribles invasores alienígenas; la ciudad misma es una suerte de laberinto infinito cuyos secretos no podrían ser desvelados totalmente en toda la eternidad, y donde sus habitantes mueren tan sólo para renacer de nuevo en cuerpos jóvenes. Sin embargo, Alvin, que es el primer hombre en nacer de manera natural en todo ese tiempo, escapa para poder explorar y descubre una civilización humana superviviente paralela que es consciente de sí misma y les observa; a lo largo del libro, averigua la verdad sobre la construcción de la ciudad y el destino de la humanidad. Cabe preguntarse si un futuro así es deseable. Ciertamente, es difícil imaginar una situación mejor para alcanzar definitivamente el bienestar social, sin ningún tipo de mal o enfermedad, sin conocerse ya la desgracia. Ahora bien, no deja por ello de recordar, en cierto modo, a un jardín del Edén imperecedero en el que han desaparecido la aventura y el progreso; de hecho, a lo que conduce es a la aniquilación de la conciencia, teniéndola como la fuente de la insatisfacción en el hombre. Antes

definimos la felicidad como la capacidad de alcanzar la meta de uno; así, un animal que se reproduce y perpetúa su especie es *feliz*, o más bien *está satisfecho*, pero no es capaz de ser consciente de su propia felicidad. También la especie humana podría funcionar así si se le extirpara la conciencia, y la tristeza, y las inquietudes de cualquier tipo (cualidades que desde antiguo definen a los humanos). Esto es lo que sucede con los conciudadanos de Alvin; él, en cambio, que es un verdadero hombre, se rebela contra la utopía, y finalmente logra abrir de nuevo la ciudad preparándola para volver a las estrellas. La conclusión que se puede sacar de esta novela es que el precio que tenemos que pagar para una utopía perfecta es nuestra propia condición de humanos.

Ahora bien, aunque existan unas organizaciones sociales mejores que otras, la perfección absoluta no parece posible ni deseable. Entonces, ¿dónde reside el Estado ideal en el que los humanos no han perdido, sino que más bien han ampliado, su conciencia, y a su vez viven libres de toda injusticia?

Opino que se debe recordar el origen de la palabra *utopía*: la partícula negativa *-u* más *topos*, lugar, en griego. Es decir, *no lugar*. La utopía nunca pretendió ser una realidad; es una idea de lo inalcanzable, de lo perfecto. Las ideas son los moldes abstractos de los hechos reales; en sí mismas son intocables, y no pueden ser realizadas del todo, pero se las puede tener por modelo a seguir, por la guía para la acción.

Para mí, la utopía es precisamente eso: la idea que tiene que guiar todas nuestras acciones, pero que pierde su valor si la alcanzamos de veras. Creo que se podría decir que *se debe pensar que una utopía es deseable hasta que sea posible*. El eterno perfeccionamiento de nuestra sociedad es lo que debe mantenernos ocupados y pensantes.

A pesar de todo, es necesario decidir cómo se debe trabajar hacia la utopía. Probablemente un Estado totalitario pudiese progresar más rápido que una democracia; en ésta existe el problema de la disidencia. Vuelve a surgir el conflicto entre las posibles verdades, y aquí entra en juego la ideología de cada individuo: unos son más conservadores, otros más progresistas, unos otorgan más importancia a la libertad, otros a la igualdad... Sin embargo, creo que la democracia sigue siendo el mejor, o el método menos malo, para conseguir una sociedad mejor. Aunque en una dictadura se pueda edificar de cero, si de verdad se desea que el mundo sea libre, sea igualitario, sea rico en ideas y en pensamiento crítico, es absurdo pensar que un Estado que se opone a todos estos valores pueda convertirse en su realización práctica; es decir, una utopía fallida, una distopía como *1984*. En cambio, desde la democracia se pueden ir consiguiendo gradualmente, se pueden tener en cuenta las voces de todos, y aunque se fracase, siempre se podrá volver a intentarlo mientras exista la iniciativa y la inteligencia, los principales enemigos del totalitarismo; de hecho, si consideramos la utopía como algo imposible, la democracia es el único medio para que el mayor número de personas pueda ser feliz mientras se intenta alcanzarla.

En conclusión, la perfección es algo demasiado abstracto, algo inalcanzable. No obstante, puede que la naturaleza humana no esté hecha para la perfección: que la naturaleza humana siempre esté en busca de aventuras, de nuevas invenciones, llena de ansia de conocimientos. Puede que la insatisfacción sea parte esencial de nosotros; sin insatisfacción, jamás hubiera surgido la escritura, la arquitectura, la música, la ciencia, la política... La utopía es la aplicación de todas estas cualidades hacia el fin de la felicidad común, y así es como cobra sentido, como la idea conductora de nuestros actos. Quizá por el mero hecho de ser imposible en sí misma es más humana aún.

Bibliografía:

- Aldous Huxley, *Un mundo feliz*, 1932.
- George Orwell, *1984*, 1949.
- Arthur C. Clarke, *La ciudad y las estrellas*, 1956.